

Magdalena del Mar, 17 de Marzo de 1967.

Queridos Hermanos:

El 9 de abril pasado a las 8.20 de la mañana entregaba su alma a Dios el

R. P. José Lizon s.d.b.

sacerdote salesiano, a la edad de 66 años, 43 de profesión religiosa y 33 de sacerdocio. Era el domingo del Buen Pastor, día consagrado para rogar por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Fue al Padre a entregarle esa vocación que él recibiera hace muchos años y a decirle que el mundo de hoy necesita sacerdotes que se den enteros y sacrificadamente porque la mies es mucha, extensa y está a punto para ser cosechada pero los obreros son excesivamente pocos.

Una vez más nos trajo esta muerte el lejano y siempre presente aviso del Salvador "estad preparados porque en el momento que menos lo penséis vendrá el Hijo del Hombre a demandaros cuenta de la vida". Vino como un ladrón a los pocos minutos de haber estado conversando alegremente el querido P. Lizon con algunos Hermanos en el comedor. Murió repentinamente. Pero él estaba preparado y sabía y lo repetía que en el momento menos pensado la muerte le haría esta jugada.

La consternación cundió como un rayo por toda la casa. Si bien lo sabíamos delicado de salud abrigábamos la esperanza de gozar de su ministerio sacerdotal, especialmente en el sacramento de la penitencia, por mucho tiempo todavía. ¡Hágase la santa voluntad de Dios! Ante ella nos inclinamos y adoramos los designios de la Providencia Divina.

Sus despojos mortales fueron acompañados al Campo Santo por los aspirantes, salesianos, y por un nutrido grupo de amigos. El suscrito dirigió a los presentes unas palabras de despedida relatando, en forma muy sintética, los hechos más salientes de la vida del P. Lizon.

La tierra natal del P. José Lizon fue la valiente, aguerrida y cristiana Polonia. Tierra de santos y de hombres de pro en todos los campos del quehacer humano. Frontera y crisol de un cristianismo milenario, forjado en la lucha, fortalecido con la doctrina sólida de una catequesis sabiamente organizada por los pastores de la grey. Viven aun dos de sus hermanos. Una hermana religiosa y superiora de una Casa religiosa y un hermano laico. Ellos ya fueron informados de la triste noticia de la muerte de su hermano. Los demás parientes próximos, ya lo antecedieron en el viaje a la eternidad.

Hijo de un cristiano hogar recibió desde pequeño el influjo de una educación robusta y severa. Su santa madre Catalina Opolony y su padre D. Pedro Lizon fueron modelos de esposos y de padres, legando a sus hijos la herencia cristiana y humana que les venía de sus antepasados. Nada omitieron por conseguir que tuviesen una cultura a la altura de la época.

José cursó sus estudios primarios y la secundaria inferior en Alemania circunstancia que le hiciera aprender perfectamente el idioma alemán que en muchas oportunidades le sirvió para ampliar el horizonte de su apostolado. El Bachillerato lo hizo en Polonia.

Sintiéndose invitado por el Señor a la vocación salesiana y después de haber madurado con mucha reflexión este llamado y con el consejo de sus Superiores, se decidió entrar al noviciado de Klecza Dolna (Polonia) en 1923 y 1924 que coronó con los primeros votos trienales el 16 de setiembre de 1924.

Desde hacía tiempo venía escuchando en el interior de su alma un generoso llamado: ir a tierras lejanas para llevar el mensaje de Cristo a muchas almas. Fue algo insistente la voz del Señor y a pesar de que sentía pena dejar a su patria y a los suyos porque todo parecía sonreírle en el ambiente en que vivía hizo un generoso sacrificio, preparó su partida, la anunció a los suyos y rompiendo con todo lo que se le pusiera en contra, partió para las tierras de América donde había de pasar todo el resto de su vida.

Llega a Chile y en 1928 se consagra a Dios con los votos perpetuos. Estudia la Sagrada Teología, siendo en ese período de su vida compañero del Rmo. P. Carlos Orlando, y se ordena de sacerdote el 30 de setiembre de 1933.

En los años de formación en Chile, Dios puso en su camino a un gran salesiano, sacerdote cuya causa de beatificación esperamos ver pronto iniciada y cuyos perfiles biográficos han sido magistralmente trazados en la Biografía que escribiera Don Zervino y son del conocimiento común. Me refiero a D. Pedro Berruti, maestro de novicios, director, inspector y por muchos años Prefectos general de la Congregación, Alma toda de Dios, de proyectos gigantes y de realizaciones concretas. En ese molde y con la visión de ese modelo forma su espíritu el P. Lizon para las largas y sostenidas batallas que le esperan y ¿por qué no decirlo? para saber cargar con pesadas cruces que pasaron desapercibidas, pero que no dejaron de ser lacerantes y marcaron en su físico y en su espíritu una honda huella.

Trabaja como consejero y como prefecto en diversas casas de Chile, hasta que un día, llega a la inspectoría de Santa Rosa, entonces formando una sola con la de Bolivia; pasa un breve tiempo en la Hermana República y luego viene a Lima, a la Casa Inspectorial. Era el año 1947.

Después de un lapso de tiempo lo encontramos en la Casa del Callao, con el ministerio de Vicepárroco, luego prefecto. Es trasladado a la casa de Piura en calidad de confesor y profesor.

Es en esta casa que comienza a sentir una debilidad cardiaca que lo agota y por otra parte una diabetes que mina sus fuerzas y reduce sus posibilidades de trabajo. Pasa a la Casa de Chosica, nuestro estudiantado de filosofía y Escuela Normal Superior y allí ejerce el ministerio de la confesión entre los clérigos estudiantes y fieles que acuden a la Iglesia de María Auxiliadora. El corazón falla a esa altura y baja al noviciado de Chacabayo, pero debe renunciar también a esta Casa que amaba para venir a la costa del mar, al aspirantado salesiano. Aquí, después de muy breve tiempo lo sorprendió la muerte.

El ministerio sacerdotal y las actividades de nuestra vida lo encontraron siempre pronto para darse a ellos. Asiduo al confesionario, derrama al bálsamo del consuelo, levanta del abatimiento a las almas agobiadas, anima siempre y absuelve. Fue un artesano de la gracia que supo labrar en la profundidad de las almas la figura de Cristo. Su aspecto, especialmente en los últimos tiempos, era de una serenidad optimista e invitadora al gracejo, a la charla cordial.

Si algo deberíamos hacer notar en el P. Lizon fue esa su modalidad campechana que trasuntaba bondad. Era siempre acogedor y todos, los chicos y los grandes se le acercaban para escuchar el chiste ameno o la anécdota graciosa.

Supo ser un amigo cordial. Comprendió todo lo grande que encierra una verdadera amistad y la prodigó sin reserva. Para todos los que lo quisimos bien se ha abierto una brecha, porque el amigo bueno se fue, mostrándonos el sendero por el que hemos de pasar todos. Que el Señor, en su bondad infinita, le perdone las miserias de esta vida tan frágil y le conceda la visión de su rostro.

Al caer segado por el golpe de la muerte fue auxiliado inmediatamente por el P. Catequista de la Casa, quien le dio la absolución y le administró el Sacramento de la Unción Sagrada. En seguida corrió la infausta nueva por las Casas de la Capital y alrededores y comenzaron a llegar los salesianos, delegaciones de alumnos, personas amigas para presentar las condolencias y decir una plegaria ante el féretro que contenía los restos mortales del P. Lizon.

La plegaria que hoy elevamos por su alma, si lo necesita aun, nos dará la recompensa de una caridad para con nuestro hermano y nos asegurará el sufragio para cuando lo necesitemos. Porque todo lo que hacemos por los demás es bien que nos hacemos a nosotros mismos .

Mis Amados Hermanos: El P. Lizon dejó un vacío en esta Casa y en la inspectoría. Cada uno de nosotros debe preocuparse de llenarlo con un suplente. La Congregación nos pide este servicio. Redoblemos los esfuerzos por encausar, animar y descubrir las vocaciones que Dios pone a nuestro paso. Os pido una oración por este aspirantado y por vuestro afectísimo en el Señor

P. Mario Mosto Q.
Director